

La Olimpiada Popular de 1936: deporte y política

GABRIEL COLOMÉ

Universitat Autònoma de Barcelona



Institut de Ciències Polítiques i Socials
Adscrit a la Universitat Autònoma de Barcelona

WP núm. 264
Institut de Ciències Polítiques i Socials

Barcelona, 2008

El Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS) es un consorcio creado en 1988 por la Diputación de Barcelona y la Universitat Autònoma de Barcelona, institución esta última a la que está adscrito a efectos académicos.

“Working Papers” es una de las colecciones que edita el ICPS, previo informe del correspondiente Comité de Lectura, especializada en la publicación -en la lengua original del autor- de trabajos en elaboración de investigadores sociales, con el objetivo de facilitar su discusión científica.

Su inclusión en esta colección no limita su posterior publicación por el autor, que mantiene la integridad de sus derechos.

Este trabajo no puede ser reproducido sin el permiso del autor.



Edició: Institut de Ciències Polítiques i Socials (ICPS)
Mallorca, 244, pral. 08008 Barcelona (Espanya)
<http://www.icps.cat>

© Gabriel Colomé

Diseño: Toni Viaplana

Impresión: a.bís

Travessera de les Corts, 251, entr. 4a 08014 Barcelona

ISSN: 1133-8962

DL: B-31.041-08

1. El sistema de entreguerras

Los cambios sufridos en el mapa de Europa después de la Gran Guerra afectaron a la estructura del sistema internacional, un sistema de equilibrio multipolar que a grandes rasgos se había mantenido desde la paz de Westfalia de 1648.

La caída de los imperios centrales de Alemania y Austria-Hungría dejaba fuera de juego dos potencias esenciales del sistema anterior. Esta derrota supuso la aparición de nuevos estados, faltos de un espacio en el nuevo orden. La revolución rusa rompía, además, la casi unidad ideológica del sistema eurocentrista hasta el momento dominante: por primera vez, un Estado europeo adoptaba un régimen político que no respetaba el modo de producción capitalista. Y, fuera de Europa, dos nuevas potencias, Estados Unidos y Japón, comenzaban a emerger sin jugar aún el papel que les correspondía en el escenario internacional.

La falta de participación de los Estados Unidos y de la Unión Soviética en el sistema resultante de Versalles –ninguno de los dos miembros de la Sociedad de Naciones (SdN)–, y la búsqueda de un nuevo equilibrio convierten este periodo en una etapa de transición, y las transiciones abren nuevas fronteras, ofrecen nuevas posibilidades de acción en la política internacional.

2. La situación de España en el sistema internacional

En España, neutral durante la guerra, no hubo ninguna ruptura con el pasado en el año 1918. El cambio de régimen no llegó hasta 1931 con la II República, si bien hay que tener en cuenta el periodo que representa la dictadura del general Primo de Rivera.

Si las transiciones sirven para hacer soñar a los internacionalistas, también nos permiten saber hasta qué punto la política exterior de los estados está condicionada por todo un conjunto de factores que van más allá del sistema político del momento. El deporte es uno de ellos.

La eclosión de la práctica deportiva y su difusión y seguimiento enfervorizado a través de los medios de comunicación de masas (prensa

escrita y radio; la televisión vendrá a sancionar y consolidar definitivamente el modelo a escala exponencial) es un fenómeno que emerge en este período histórico. Las rivalidades entre estados, entre ideologías, tienen con el deporte –mejor aún, con la competición deportiva– un nuevo escenario en el que dilucidar sus diferencias, sublimándolas ahora en el plano simbólico lejos del campo de batalla.

El poder político, sea cual sea la ideología que lo sustente, no ignorará este nuevo fenómeno de masas y tratará de apropiárselo en su propio beneficio. Pero no todos los estados tienen los mismos intereses. Una medalla olímpica o ganar un campeonato internacional, por poner dos ejemplos, no tiene el mismo valor para un Estado pequeño que para uno grande. Por eso, la utilización del deporte por parte de los estados puede tener vertientes diferentes y, por lo tanto, hay que saber qué rol, qué papel quiere, y puede, jugar un Estado determinado para ver qué modelo de explotación del fenómeno deportivo le va a la medida.

El abanico de posibilidades teóricas que ofrecía la inestable situación internacional parece que no fue agotado en la práctica en el caso de España. Ni los cambios dentro de la Monarquía ni de la República representan ninguna ruptura con la política exterior tradicional. Según M^a de los Ángeles Egido en su *Concepción de la Política Exterior Española durante la II República (1931-1936)*:

"La República, a pesar de las intenciones, representó de hecho una continuidad respecto a la línea de política exterior iniciada en el período precedente. En efecto, se mantuvo la orientación esencial hacia el bloque franco-británico, aunque sin firmar alianzas que lo ratificasen, la neutralidad como fórmula oficial y una voluntad de cooperación y amistad desinteresada con todas las naciones, ahora en el marco de la Sociedad de Naciones, colaborando tácticamente con los neutrales y dedicando una especial atención a los países de nuestra lengua y cultura" (p. 611).

Los posibles cambios que se habrían podido producir en la política exterior española una vez proclamada la República no se materializaron por la falta de definición de los responsables políticos, por la existencia de un cuerpo diplomático poco adicto al nuevo régimen y, también, por la poca continuidad de los que tomaban decisiones. En los veinte meses

inmediatamente anteriores al golpe de Estado de 1936, hubo cinco ministros diferentes encargados de las relaciones exteriores.

Hace falta cuestionar si existió la voluntad política de llevar a cabo una política exterior concreta. Hace falta ver, también, si la situación económica y estratégica y si la potencia militar permitían algún nivel de autonomía en este sentido, es decir, si España podía darse el lujo de tener una política exterior propia.

I. LA OLIMPIADA POPULAR DE BARCELONA DE 1936

Los antecedentes

Antes que en 1986 Barcelona fuera nominada para organizar los Juegos Olímpicos de 1992, la ciudad ya había sido candidata en varias ocasiones. Fue en el periodo de entreguerras, cuando tuvieron lugar los intentos para celebrar en la ciudad condal las olimpiadas de 1924, 1936 y 1940.

Los repetidos fracasos que la candidatura de Barcelona sufrió sirven como modelo para poder estudiar las características del olimpismo de aquel tiempo y, así mismo, muestran como el papel del movimiento olímpico, para bien o para mal, ha ido cambiando en el escenario internacional, aunque ha mantenido unos rasgos específicos a lo largo de su historia.

A los intentos mencionados, habría que añadir los pasos dados por Elias y Juncosa para tratar de influir en la decisión del Barón de Coubertin para que apostara por Barcelona como sede olímpica para los Juegos de 1920. De esta primera tentativa habla Andreu Mercé Varela (Mercé Varela, 1992). Los triunfos eran, esta vez, la neutralidad de España durante la recién acabada guerra, hecho que evitó la destrucción del país a diferencia de lo ocurrido en otros lugares del continente. Esta primera vez la acción fue, más que un sondeo, una gestión personal.

El caso de 1924 ya fue una petición más formal, aunque el presidente del Comité Olímpico Internacional (COI), el Barón de Coubertin, había expresado su deseo de poder presidir otra vez unos juegos en París,

después del fracaso de 1900. Pero cabe mencionar una serie de hechos referentes a las relaciones entre los promotores de la candidatura de Barcelona'24, la Mancomunidad catalana, gobernada por los regionalistas, y el Comité Olímpico Español (COE). El presidente del COE, Marqués de Villamejor, envió, en 1920, un telegrama a los promotores en los siguientes términos:

"(...) reunido el COI, rechazó unánimemente la proposición que había hecho la Mancomunidad catalana de que se celebrase en Barcelona la próxima olimpiada. El Comité español solicitó que la Olimpiada se celebre en España. Esta petición se tomó en consideración para decidir, pues igual demanda formulan Italia y los Estados Unidos" (Santacana y Pujadas, 1990, p. 1).

Después de las consultas pertinentes, el COI recordó que la organización de los juegos se atribuía a una ciudad, nunca a un país. La candidatura de Barcelona fue, finalmente, aceptada.

En 1936 y 1940, los motivos del rechazo a la candidatura de Barcelona se debieron a dos tipos de causa. El primero tendría que ver con la situación internacional. La creciente importancia del olimpismo por los motivos ya mencionados hizo que cada vez hubiera más competencia a la hora de adjudicar la sede olímpica. Pero, además, había una larga lista de espera. En el año 1931, cuando había de decidirse el lugar de celebración de los juegos de 1936, Roma y Berlín aspiraban también a ser sedes olímpicas. En el caso de Berlín, que finalmente se llevó los juegos a casa, debe tenerse en cuenta que ya había sido elegida sede olímpica en 1916, y que la nueva situación después del entendimiento entre Francia y la República de Weimar hacía creer en una nueva etapa de paz en Europa. Dar los juegos a Berlín era un gesto de claro contenido político de apoyo a la distensión.

Los otros motivos deben buscarse en coincidencias muy curiosas. En Barcelona, se tenía que celebrar una sesión del COI en la que se debería haber elegido la sede de 1936. La fecha fijada para ello era para finales del mes de abril. La proclamación de la República, aunque de una manera modélica, sin demasiados incidentes, no podía dejar de preocupar a los

padres del olimpismo, la mayoría de los cuales se negaron a venir a Barcelona y enviaron su voto por correo.

En esta sesión estaba previsto que se diera el visto bueno a la candidatura de Barcelona para los Juegos Olímpicos Oficiales de 1936. Según Alfred Bosch, en su estudio sobre la evolución del olimpismo en Barcelona, “se produjeron algunas tensiones entre los representantes del Comité Olímpico Español y los altos cargos republicanos, que estallaron a la hora de hacer sonar la Marsellesa: el mismo Barón de Güell parece que contribuyó pérfidamente a desprestigiar el proyecto que él mismo había concebido” (Bosch, 1992, p. 36).

Si esto pasaba en 1931 hay que pensar que la victoria de las izquierdas en las elecciones de febrero de 1936 hubiera alejado todavía más a los dirigentes deportivos españoles de la realidad política del momento, aunque la composición del COE hubiera variado un poco desde la llegada de la República.

1. El marco de la Olimpiada Popular de 1936

La frustrada olimpiada popular que debía de celebrarse en Barcelona en el mes de julio de 1936 es uno de los pocos acontecimientos deportivos de carácter internacional, no sólo bilateral, que tuvo una ciudad de la República española como escenario.

La Olimpiada Popular de Barcelona no llegó a inaugurarse porque el día previsto para su apertura coincidió con el estallido de la Guerra Civil española. De ahí que los análisis posteriores no se puedan hacer tomando como base de información lo que hubiera pasado, sino teniendo en cuenta los actores y factores que estaban implicados en la preparación de este acontecimiento deportivo.

El marco legal: ¿por qué en Barcelona?

Un artículo del periódico conservador barcelonés *La Veu de Catalunya*, de 15 de julio de 1936, decía, acusando a la Olimpiada Popular, que los motivos por los cuales Moscú había escogido Barcelona como sede del encuentro deportivo que estaba a punto de comenzar eran

dos: por el hecho de ser la primera ciudad deportiva de la península ibérica y porque disponía de las mejores instalaciones. Lo que no se planteaba en el artículo era el porqué de una Olimpiada Popular en Barcelona y no en otra ciudad europea. Entre las causas que pueden explicar las razones de la convocatoria hay su tradición deportiva, olímpica, obrera, nacionalista y asociativa.

La tradición deportiva

La tradición deportiva en Barcelona tenía unos rasgos diferentes a la de otros lugares de España. Es un hecho consensuado que en todas partes el deporte nace como actividad privada y que, en principio, el Estado no tiene nada que decir. Pero al llegar la Gran Guerra, esta actividad no era ya un feudo de la aristocracia (recordemos deportes como el boxeo, la esgrima o la equitación) y, en cambio, iba ligada a la burguesía industrializada (por ejemplo, los deportes ligados al motor). Burguesa o aristócrata, la afición a la práctica del deporte era, a principios del siglo, de cariz elitista. No es de extrañar que este deporte burgués tuviera justamente su eco más grande en Cataluña, la zona peninsular más industrializada.

Así es curioso ver como hay diferencia entre los deportes practicados en Madrid y en Barcelona antes de la guerra del 14. Mientras que en Madrid predominaban los deportes de tipo militar o aristocrático como el tiro, la esgrima o la hípica, en Barcelona se practicaba el automovilismo o los deportes náuticos, aprovechando su cercanía al mar.

En este periodo anterior a la guerra, no hubo implantación del deporte olímpico rey: el atletismo, que no tendrá mucho eco hasta los años 30.

La tradición obrera y asociativa

El periodo de entreguerras representó en el campo del deporte el refuerzo de dos discursos que fueron ligados. Por un lado, los cambios sociales: una mayor organización de las asociaciones obreras permitió un aumento del tiempo libre, una parte importante del cual lo ocupó el

deporte. Por otro lado, se acentuó la intervención de los estados en el deporte una vez vista la influencia de éste.

Barcelona, líder de las luchas obreras y del sindicalismo del siglo XIX, estaba en buenas condiciones para movilizar a la población trabajadora hacia un acontecimiento deportivo como el de la Olimpiada Popular. Pero, a pesar de la tradición obrera y deportiva de la ciudad y de la región industrial que la rodea, no había una implantación de las internacionales deportivas obreras. Puede que tenga que ver la existencia de una corriente del movimiento obrero afiliado al anarquismo pero, también, el hecho que la práctica deportiva se llevara a cabo a través de las secciones deportivas de ateneos populares no partisanos, aunque fueran obreros.

El anarquismo se considera como un elemento significativo de Barcelona dentro del movimiento obrero. En cambio, no encontramos internacionales deportivas anarquistas. Una posible explicación la dan Pujadas y Santacana (1990, p. 60) al creer que los dirigentes anarquistas no tenían interés por el deporte o la educación física. Si embargo, muchos de los ateneos populares barceloneses estaban formados por anarquistas, muchos de los cuales formaban parte de sus secciones gimnásticas o deportivas. ¿Por qué no se explotó este interés hacia el deporte de los anarquistas como individuos? Quizá una explicación la encontraríamos en el hecho de que el objetivo de los ateneos era conseguir el recreo, un mayor desarrollo cultural de sus miembros y no quisieron desligar el deporte de las otras actividades. Eso quiere decir menospreciar el espíritu competitivo que acostumbra a ir ligado al deporte.

Por otro lado, tanto en el seno del movimiento anarquista como en las izquierdas, obreras o no, ha habido siempre algunos sectores que han creído que el deporte es una manera de perder el tiempo, tiempo que se podría haber empleado mejor en la lucha para conseguir el poder político y económico (Steinberg, p. 233).

Es así como de los ateneos populares, de los clubes obreros, de las asociaciones deportivas de base, será de donde vendrá la tradición deportiva obrera que hará posible la organización de la Olimpiada Popular

en 1936. Son principalmente de base y tienen su punto álgido en los años de la Segunda República.

2. El deporte como herramienta de redireccionamiento nacional

El deporte estaba considerado también como una herramienta de cohesión social, de identificación con un grupo. La percepción de esta posible instrumentación del deporte no se ha alcanzado con la misma rapidez en todas partes. La historia del deporte y del olimpismo va muy ligada a la asunción por parte de los gobiernos, de los partidos, y también de los poderes económicos, de las posibilidades que da el deporte. Un poco más arriba hemos hablado de la falta de percepción, de la “poca vista” que tuvieron los dirigentes deportivos anarquistas. No fueron los únicos. En el *Rapport Intermédiaire del Comité Olímpico Internacional* ya se dice que cuando Hitler llegó al poder “il n’a, de toute évidence, pas eu conscience de l’énorme potentiel politique de ces Jeux” (p. 79). Las nuevas autoridades alemanas aprenderían pronto.

En el caso de España y Cataluña, tanto las instituciones públicas como los partidos también aprendieron que el deporte era un elemento socializador, en este caso, nacional o estatal. Y eso significaba el inicio de políticas deportivas que, al fin y al cabo, hicieron que el número de practicantes aumentara en este periodo. La popularización del deporte también fue espoleada por el olimpismo y la prensa deportiva.

Con la llegada de la dictadura del general Primo de Rivera en 1924 y la supresión de la Mancomunidad de Cataluña, el deporte se convirtió en un elemento más para fortalecer el sentimiento nacionalista. Este nuevo valor añadido de la práctica deportiva se hizo visible –y patente– en las páginas del *La Rambla*, periódico barcelonés cuya cabecera se adornaba con un elocuente lema de sabor republicano: *esport i ciutadania*. Como pasaría años después, durante la siguiente dictadura española, el deporte adquirió ya entonces un protagonismo sustitutorio de las actividades políticas nacionalistas no permitidas.

Con la proclamación de la República en 1931, los partidos políticos, nacionalistas o no, hicieron suyo parte de los ideales de vida sana, de

camaradería, reflejados en el ejemplo de los *sokol*s checos. Esta tendencia favoreció la creación de grupos juveniles que algunos creían que eran demasiado parecidos a las organizaciones de jóvenes de carácter paramilitar que había en los países con gobierno fascista o nazi. Por eso, las juventudes de *Esquerra Republicana* (JERC) tuvieron que luchar para demostrar que su modelo de organización estaba en el movimiento *scout* de Baden Powell, sin sintonía alguna con “*Giovinazza*”.

3. El marco estatal

El espíritu que hizo posible la organización de la Olimpiada Popular estaba muy ligado a un hecho político de alcance estatal: la victoria de las izquierdas en las elecciones generales españolas del mes de febrero de 1936. El resultado electoral significó un cambio en el gobierno de Madrid pero, también, la recuperación de las instituciones catalanas que habían quedado en suspenso después de los hechos de octubre de 1934. Entre los partidos ganadores había también una novedad: la formación de un Frente Popular, a la manera que se había hecho en Francia, y en el que participarían además los pequeños partidos comunistas y socialistas. Estos tres hechos deberían haber dado confianza a los organizadores barceloneses: se había recuperado la libertad nacional, se había conseguido una sintonía con el Gobierno estatal, las izquierdas estaban unidas y además, pese al ambiente enrarecido de Europa, en Francia también se daría una victoria del Frente Popular en las elecciones celebradas entre el mes de abril y mayo del mismo año de 1936, con lo que las relaciones entre los gobiernos de España y Francia tendrían que ser, en teoría, buenas.

4. El marco europeo

El mes de julio de 1936 fue decisivo para la evolución del sistema de seguridad que se había diseñado recién acabada la Gran Guerra. La presencia del Negus en Ginebra no evitó que se levantaran las sanciones impuestas por la Sociedad de Naciones a Italia como potencia agresora. La ocupación de la Renania por parte de la Alemania hitleriana y la

impunidad con la que Italia había conquistado Abisinia hicieron ver, en aquel mes de julio, que la SdN, antes considerada como la respuesta a los peligros de una nueva guerra, no tenía la autoridad suficiente para mantener el orden internacional. Quedaban atrás, por cierto, las voces que creían que las riendas del deporte internacional tenían que pasar del COI a una institución más democrática, como podría haber sido la propia SdN. (Y paradójicamente parece que de la debilidad de la SdN el COI sacaba provecho y aún se fortalecía más).

El hecho que las ocupaciones vinieran por parte de los dos regímenes fascistas implantados en Europa hace comprender que, en el año anterior, los partidos socialistas y comunistas de los países democráticos, partidos hasta el momento enfrentados, formaran coaliciones electorales conocidas con el nombre de Frente Popular. La subida al poder central del Frente Popular después de las elecciones generales de febrero de 1936 pone a España en sintonía con la vecina Francia donde también los partidos del Frente Popular ganarían las elecciones poco después.

Y, entre los campos de lucha contra los totalitarismos fascistas había uno particularmente dulce, el de la preparación de los Juegos Olímpicos de Berlín, previstos para el verano de 1936.

En 1936, hubo algunos cambios en relación a los juegos anteriores. Antes los gobiernos habían dado apoyo a los Juegos Olímpicos oficiales, mientras que las otras celebraciones deportivas obreras estaban propulsadas por organizaciones sindicales y políticas de izquierda. Con el Frente Popular el empuje de izquierdas fue mucho más fuerte; además, en determinados gobiernos, había partidos socialistas y comunistas. ¿Qué actitud tomaron ante los Juegos Olímpicos oficiales? ¿Se comportaron más como instituciones al servicio del Estado o como instituciones al servicio de la clase que representaban? La Olimpiada Popular de Barcelona es un buen ejemplo para ver y entender las relaciones de clase y los límites de la supuesta fuerza de la unión de las izquierdas europeas. En el caso de Francia, parece que el gobierno de Blum vio la importancia del deporte y creó un Consejo Superior de la Educación Física y del Deporte, incluyendo miembros de la FSGT (*Fédération Sportive et*

Gymnique du Travail), un nuevo organismo que fue el resultado de la fusión de las asociaciones deportivas comunista y socialista. El gobierno del Frente Popular encendió una vela a cada santo y esto quería decir mantener la decisión del gobierno anterior de no boicotear los juegos de Berlín, decisión que se había tomado el 19 de marzo de 1936, antes de las elecciones, pero haciendo balanza con una subvención a la participación francesa a la Olimpiada Popular de Barcelona (Santacana y Pujadas, 1990, p. 87).

5. La situación de las internacionales obreras

La política de los partidos comunistas y socialistas de hacer un frente común contra el fascismo con el nombre de Frente Popular también fue seguida por los respectivos sindicatos. Y, de rebote, las internacionales deportivas obreras también fueron invitadas a trabajar juntas, habiendo estado enfrentadas casi a muerte en el pasado. El grado de relación entre las asociaciones y los asociados de la antigua Internacional Roja y los de la Internacional Socialista de Lucerna es distinto de un sitio a otro. Para el caso que nos ocupa, el de la Olimpiada Popular, esta situación de “luna de miel oficial” entre las diferentes agrupaciones deportivas obreras era teóricamente un buen presagio para la convocatoria de Barcelona.

II. LA ORGANIZACIÓN DE LA OLIMPIADA POPULAR

1. EL CCEP

La idea de organizar una Olimpiada Popular en Barcelona viene de una idea del *Comitè Català Pro Esport Popular* (CCEP), agrupación de entidades deportivas y culturales barcelonesas que había nacido poco después de las elecciones de 1936, con el objetivo de fomentar el deporte entre los trabajadores. El CCEP nació sin ligaduras con el poder pero en sintonía con su discurso antifascista. Su primera iniciativa fue la celebración de un festival deportivo como muestra de solidaridad con Thaelman, un deportista alemán encarcelado por ser comunista. La copa Thaelman era un acto a favor de un deportista y en contra de un gobierno de un Estado en cuya capital estaban a punto de comenzar los Juegos

Olímpicos. Esto puede explicar que existiera un ambiente de calentamiento propicio a intentar organizar unos Juegos paralelos, una Olimpiada Popular en Barcelona. Si tenemos en cuenta que los Juegos oficiales estaban previstos para principios del mes de agosto y que la copa Thaelman se disputó el mes de abril, sólo faltaban tres meses para poner a punto la Olimpiada Popular.

Alfred Bosh menciona la posibilidad de que la idea viniese del cónsul de la Unión Soviética en Barcelona, Antonov Ovsenko, al cual se añadieron instituciones obreras. Paul Martin (1992, p. 8) cita al gobierno español como promotor de la Olimpiada Popular:

"The Spanish Republican Government called for a demonstration against the Berlin Olympics by holding an alternative Olympiada Popular, at the Sports stadium in Barcelona. This was done by appealing to workers' sports groups throughout Europe and elsewhere in the world to send teams for the competition and in so doing, presaging the appeal for international volunteers –the International Brigades– for a more desperate cause in the imminent future".

El ambiente internacional puede explicar que el llamamiento hecho por el CCEP tuviera un eco rápido en Europa y, muy especialmente, en otro lugar donde había un gobierno del Frente Popular. Sin las organizaciones obreras europeas poco se habría hecho, pero la Olimpiada de Barcelona no fue una Olimpiada Obrera, no sirvió para poner a prueba si la traducción de los pactos entre comunistas y socialistas en el campo del deporte se había hecho sin problemas. Aquí encontramos un poco de todo: desde la participación como grupo de apoyo de la Federación Cultural Deportiva Obrera con sede en Madrid, hasta el rechazo del POUM, un partido marxista, por considerar la Olimpiada como algo socialista.

La Olimpiada Popular no fue una Olimpiada Obrera, como lo sería el año siguiente en Amberes. La falta de concreción de los juegos de Barcelona ha servido para todo tipo de especulaciones.

2. La financiación

Según la prensa local de junio y julio de 1936, la financiación de la Olimpiada Popular tuvo fundamentalmente cuatro fuentes.

1. La cantidad más importante de dinero vino de la subvención del Gobierno del Frente Popular francés que aportó 600.000 pesetas. Al mismo tiempo, este Gobierno mantenía una subvención anterior por la estancia de los atletas franceses en Berlín. La prensa barcelonesa no especificó los anticipos de la cantidad mencionada, de manera que no sabemos si este dinero era para pagar los gastos de la numerosa representación francesa que vendría a Barcelona o para dárselo a los organizadores de la Olimpiada Popular.

2. El gobierno central de España, también formado por miembros del Frente Popular, en su Consejo de Ministros del día 3 de julio decidió seguir los pasos de su homólogo francés y decidió dar una subvención de 250.000 pesetas para la Olimpiada Popular “a favor de la cual el gobierno francés había hecho un estimable esfuerzo”, tal como reconocía el Gobierno español en el comunicado emitido a la hora de hacer pública la subvención. Igual que había hecho el gabinete de Blum, también en Madrid se autorizó y subvencionó el equipo de natación y un pentatlón moderno para que pudieran participar en los Juegos Olímpicos Oficiales de Berlín. Con esta decisión quedaba claro que, al menos en Europa, no habría boicot a los Juegos de Berlín.

3. El Gobierno de la Generalitat de Catalunya también decidió subvencionar la Olimpiada Popular y aportó 100.000 pesetas. Justamente el 17 de julio, en la última sesión del Parlamento de Cataluña antes de estallar la guerra, se debatió este asunto.

4. El Ayuntamiento de Barcelona puso a disposición del Comité Organizador sus instalaciones deportivas y decidió que también daría una subvención en metálico, pero ningún periódico hizo mención de la cantidad aportada.

3. La participación

Las delegaciones que debían participar en la Olimpiada Popular lo podían hacer a tres bandas: nacional, regional y local. Así, había una delegación de Argelia, pero también una de Orán. Se rompía de esta manera con el estatalismo de los Juegos Olímpicos oficiales.

Según Santacana y Pujadas, tenían que participar unos 6.000 atletas, de los cuales la mitad eran de las delegaciones española, gallega, vasca y catalana. De los otros 3.000, la mitad venían de Francia.

La Olimpiada Popular hubiera sido prácticamente europea a no ser por la participación prevista de una delegación de los Estados Unidos y de un equipo de 6 atletas del Canadá. También tenían que participar deportistas de Argelia y de los protectorados francés y español de Marruecos, así como una delegación palestina. Pero, tanto en el caso de los atletas procedentes del Norte de África como los de Palestina, se trataba de europeos allí establecidos, sin participación de atletas árabes o bereberes.

III. PERCEPCIÓN: OLIMPIADA POPULAR O SEMANA DEL FOLKLORE

El carácter ambiguo de la convocatoria hizo que la Olimpiada Popular admitiera lecturas de todo tipo, tanto en el mundo político como en el deportivo, español e internacional.

1. Los organizadores

La ambigüedad comienza por parte de los propios organizadores. Así en el debate del Parlament de Catalunya del 17 de julio, mientras el diputado socialista Franojosa decía que se estaba a punto de celebrar una Olimpiada Popular, otro diputado, el Sr. Fontbernat, hablaba de una Semana de Deportes Populares.

Un tercer nombre que aparecería era la Semana del Deporte y del Folklore. La inclusión de la palabra *folklore* no era sólo una manera de evitar problemas y diluir aún más el carácter de olimpiada paralela que algunos habían dado al festival deportivo de Barcelona, sino que correspondía a la realidad. Si miramos los componentes de las diferentes delegaciones encontraremos agrupaciones musicales o grupos de danza.

2. Los grupos políticos

Los organizadores de la Olimpiada Popular no escondieron nunca su carácter antifascista aunque no establecieron nunca claramente su

carácter socialista o comunista. Por eso, la percepción de la Olimpiada Popular que hacían los partidos y la prensa de derechas o de izquierdas era naturalmente diferente.

El Comité Organizador de la Olimpiada estaba formado por representantes de las principales formaciones políticas y del deporte catalán. Bajo la presidencia honorífica del presidente Companys, el Comité tenía tres figuras clave: una presidencia ejecutiva, a cargo de Josep Antoni Trabal, y dos potentes vicepresidencias asumidas por Pere Aznar y Jaume Miravittles.

a. Las izquierdas

La postura de las izquierdas tanto en España, como en el resto de Europa, fue favorable a la celebración de la Olimpiada Popular. Las internacionales deportivas obreras también dieron su apoyo, aunque al contrario de otras veces no la habían organizado. Los Juegos de Barcelona eran una buena ocasión para hacer ver la protesta del mundo obrero por los juegos.

La ambigüedad de los objetivos hacía que se pudieran sentir cómodos los que veían en Barcelona la oportunidad de demostrar la fuerza del deporte obrero, de la capacidad organizativa de las clases trabajadoras, de los partidos de izquierdas o de los que creían que una celebración deportiva como la prevista en nuestra casa era una buena manera de oponerse a los Juegos de Berlín.

En cambio, otros sectores minoritarios, como el POUM, no contentos con la alianza entre socialistas y comunistas, creían que el deporte popular era igual al deporte burgués y se oponían a la Olimpiada Popular.

En cualquier caso, y por cuanto hace referencia a la relación entre el Comité Organizador y las formaciones de izquierda socialistas y comunistas, Jaume Miravittles, quien días después del golpe de Estado del 18 de julio sería nombrado representante de Esquerra Republicana –y posteriormente secretario general– del Comité de Milicias Antifascista, afirmó años después que una de sus principales misiones en dicho Comité era, por encargo directo del presidente Companys, impedir la

instrumentalización política de los Juegos por parte del comunismo soviético (Pascuet y Pujol, 2007, p. 42 y 43).

b. Las derechas

La carga ideológica de la convocatoria barcelonesa no era bien vista por la derecha. La división del espectro político español y, en cierta medida también el europeo, en dos bloques opuestos hizo que tanto los partidos como la prensa favorable a los partidos de derecha favorecieran los puntos de vista de los partidos fascistas europeos y atacaran los juegos de Barcelona, organizados por las izquierdas. Las quejas de la derecha barcelonesa y la de Madrid eran distintas. Mientras que en la capital se hablaba de una Olimpiada separatista, en Barcelona el periódico de derechas *La Veu de Catalunya* destacaba que la propaganda de la Olimpiada Popular se hacía en castellano y no en catalán.

Aparte de estas diferencias motivadas por el hecho catalán, los ataques que hacía la derecha a la Olimpiada Popular coincidían en muchas otras cosas e iban dirigidas tanto a los organizadores como a los participantes.

c. El eje ideológico en función de los organizadores

El reproche más grande que se hacía en la Olimpiada Popular es que era obra de los comunistas:

"Sota aquest nom que per sí mateix constitueix una manca de correcció, car segons els clous internacionals olímpics no pot usar-se sense la deguda autorització s'està anunciant –i en castellà en prospectes que es lliuren al nostre públic el que estaria més ben dit l'Olimpiada Roja. Perquè tot plegat no serà sinó una exhibició de color vermell.

En tots els sentits i el seu "clou" serà la presentació de l'equip rus. Per cert que això planteja un veritable conflicte d'ordre legal a aquells esperits de bona fe de casa nostra que atrets per la propaganda que es va fent, es sentiran disposats a concórrer-hi.

Rússia en esports com en tantes altres coses viu fora de tota relació internacional, i així les seves Federacions les poques que existeixen no estan adherides a les internacionals i, per consegüent, els atletes russos no poden prendre part a cap festival esportiu fora de llur país, com tampoc cap atleta de cap país que estigué en possessió dels seus drets com a tal no pot prendre part en una contesa amb russos –per viure aquests

esportivament fora de la llei– sota la pena de desqualificació, o sigui suspensió dels drets com a tal" (La Veu de Catalunya, 2 de julio de 1936, p. 15).

Otra denominación aplicada era la de Olimpiada Judía Internacional. Los motivos aducidos por la prensa de derecha para ponerle este nombre eran tres:

1. La promesa de participación de una delegación palestina compuesta exclusivamente por deportistas judíos y otra de judíos emigrantes europeos.

2. El gobierno del Frente Popular de Francia, que había dado la subvención más grande, estaba gobernado por Leon Blum, criticado por *La Veu de Catalunya* del mismo 2 de julio por tener “*un nom tan poc francès com el de Blum i unes característiques físiques de semita tan acusades...*”

3. El presidente del Comité organizador, Josep Antoni Trabal, había participado en Europa en actos de protesta por el trato que el gobierno de Berlín daba a los judíos alemanes.

d. En función del nombre

El nombre de Olimpiada –ni que fuera popular– tenía todos los rasgos de querer ser un acto de boicot o de protesta en contra de los Juegos Olímpicos oficiales que estaban a punto de empezar en Berlín. Para el diputado de la Liga Sr. Duran y Ventosa, la celebración de una Olimpiada paralela representaba un ataque a los compromisos internacionales de España. Para *La Veu de Catalunya* era cerrar la puerta con llave a cualquier posibilidad futura de poder organizar unos Juegos Olímpicos en Barcelona:

"Per culpa dels esquerrans i dels comunistes pesarà damunt la nostra ciutat un estigma tal, que la impossibilitarà PER SEMPRE d'ésser la ciutat de les Olimpíades veritables. Aquest serà l'efecte de la comèdia esportiva, que amb la subvenció oficial del govern del Front Popular es prepara a la nostra ciutat" (8 de julio de 1936, p. 3).

e. En función de los participantes

Otra crítica que se hacía a la Olimpiada Popular era que sería una Olimpiada de “*espardenya*”, de segunda categoría, con poca participación

de atletas importantes que habrían ido a Berlín. En *La Veu* se decía que mientras los participantes se dedicaran a hacer deporte no harían ninguna revolución. Y esto leído hoy en día tiene un sentido de premonición macabra si pensamos que sólo faltaba una semana para que comenzara el golpe de Estado militar, contrarrevolucionario, que llevaría a la guerra civil:

"Mentre els comunistes i socialistes de tots els països es distreguin jugant a pilota, boxant, nedant, fent-se tips de córrer, podem estar segurs que no faran la revolució. Perquè ja seria un excés de malícia que la revolució roja hagués d'esclatar durant la Gran Setmana de la Comèdia Olímpica" (7 de julio de 1936, p. 9).

3. El mundo deportivo

La respuesta de la familia deportiva fue variada tanto en España como en Europa. Las federaciones tuvieron tres actitudes diferentes. Sólo la Federación Internacional de Marcha dio apoyo a la celebración de la Olimpiada Popular de Barcelona. La Federación Internacional de Atletismo Amateur, a pesar de no dar su apoyo a Barcelona, fue partidaria de no sancionar a los atletas que participaran en ella. Había algunas federaciones nacionales a favor.

En España también encontramos las mismas divisiones. Según Santacana y Pujadas (1990), la única federación que abiertamente se opuso a la Olimpiada Popular fue la de atletismo, cuyo presidente hizo saber a las federaciones internacionales que los atletas españoles no estaban autorizados a participar en el evento deportivo de Barcelona.

El Comité Olímpico Español (COE) no era, en un principio, favorable. Tampoco lo era el Barón Güell, representante del COI, una postura razonable ya que el COI estaba interesado en favorecer los Juegos de Berlín. Aún así los miembros del COE demostraron tener un buen sentido político al no oponerse frontalmente a la Olimpiada Popular. De esta manera, todos aquellos que estuvieran en contra de los Juegos de Berlín podrían dedicarse a preparar los Juegos de Barcelona en vez de boicotear los Juegos de Berlín. En cierta manera, la convocatoria de Barcelona era una garantía de que no habría boicot a los Juegos de Berlín. Así el COE,

en una reuni3n que tuvo lugar el d3a 1 de julio, hizo el comunicado siguiente:

"En relaci3n amb les nombroses consultes que han estat adreçades al Comitè sobre l'organitzaci3n a Barcelona d'unes competicions populars de caràcter esportiu, El COE. es considera en el cas de fer públic que, tret tot el que hauria pogut tenir una aparença d'antagonisme amb la significaci3n i abast dels Jocs Olímpics, segons es desprèn de les manifestacions autoritzades que s'han fet públiques recentment sols pot veure amb satisfacci3n totes les competicions i certàmens que per llur naturalesa tendeixen el desenvolupament i difusi3n de l'esport" (La Veu de Catalunya, 3 de julio de 1936, p. 15).

IV. INTERPRETACIONES

1. ¿Berlín versus Barcelona?

¿Cuáles eran los objetivos de la Olimpiada Popular? ¿Qué relaci3n tenía con el interés por el olimpismo en Cataluña?

La Olimpiada de Barcelona no fue una respuesta a la intromisi3n de la política en el mundo del deporte, sino contra el tipo de política que favorecía la Olimpiada de Berlín. En este sentido, no utilizó el doble lenguaje de las instituciones olímpicas, es decir, no escondió el sentido ideológico de los Juegos Populares.

A un nivel superficial, la Olimpiada Popular tenía muchas cosas en común con el olimpismo oficial: mantenía los valores olímpicos, compañía, amateurismo y solidaridad internacional. También coinciden casi los deportes, excepto la inclusi3n del rugby, el ajedrez o la pelota vasca, deportes no olímpicos.

Pero, a un nivel más abstracto, la convocatoria de Barcelona reforzaba el carácter eurocéntrico tanto de los deportes como de los participantes y, en este aspecto, no rompía moldes con el olimpismo oficial, aunque se puso fin al monopolio de la participaci3n estatal con delegaciones regionales y locales.

Al no haber tenido acceso a las fuentes de otros pa3ses europeos o de los Estados Unidos, es difícil adivinar hasta qué punto las organizaciones antifascistas de ambos lados del Atlántico que estaban en contra de los Juegos de Berlín, vieron en Barcelona una oportunidad seria de oscurecer

el éxito de Berlín. Los organizadores de la Olimpiada Popular aprovecharon los actos de boicoteo de los Juegos Olímpicos para conseguir adhesiones al evento de Barcelona, pero no tenemos pruebas para saber si las delegaciones deportivas dispuestas a venir a Barcelona lo hacían como un acto simbólico de protesta o con el objetivo de hacer tambalear los Juegos de Berlín.

Lo que si sabemos es que los Juegos de Berlín fueron un éxito y, en cambio, la Olimpiada Popular no llegó ni a empezar aquel 19 de julio, aunque la madrugada de aquel mismo día Jaume Miravittles anunció por Radio Barcelona el programa de la fiesta de inauguración, en la que Pau Casals debía interpretar la *Novena sinfonía* de Beethoven. Pese a la palabra de honor dada aquella misma noche por los militares al propio Miravittles, en el sentido de que los Juegos podrían celebrarse a pesar de los rumores de golpe de Estado que llegaban a la capital catalana, los Juegos fueron suspendidos a pesar del fracaso del golpe militar en Barcelona.

¿Se puede considerar esta suspensión como una muestra más de debilidad –o falta de previsión– de las instituciones europeas, de la izquierda, en general, en frente del peligro fascista? ¿Fue el fracaso de Barcelona una muestra más del avance de los fascistas que no pudiendo o no queriendo estar parados, acabarían por hacer estallar una nueva guerra? Demasiadas especulaciones para poder establecer si el caso de la Olimpiada Popular tiene algún significado en el mundo de las relaciones internacionales de entreguerras.

Como ya vimos antes, la falta de beligerancia de las autoridades olímpicas ante la Olimpiada Popular puede interpretarse como una manera de salvaguardar los Juegos de Berlín. Una celebración paralela dividía las energías y hacía que los opositores a Berlín se preocupasen más por organizar una fiesta deportiva alternativa que no por boicotear los Juegos oficiales.

En cualquier caso, se debería recordar y reconsiderar lo que representaron los Juegos Olímpicos de Berlín para la historia del olimpismo. Considerados como una flor que no hace verano, su modelo ha

sido copiado, en gran medida, por los organizadores de Juegos posteriores.

2. El papel de la Unión Soviética

Es muy significativa la ausencia de una delegación soviética para participar en el evento deportivo de Barcelona. Las interpretaciones son diversas. Se puede argüir que si los atletas no vinieron fue precisamente una muestra de prudencia de las autoridades deportivas de Moscú que no querían poner en compromiso a los otros participantes. El hecho de que los deportistas soviéticos no estuvieran homologados dentro de las federaciones internacionales hubiera podido crear problemas.

Esta interpretación pierde valor si tenemos en cuenta que, en las Olimpiadas Obreras de Amberes, de 1937, sí que hubo participación soviética.

Hay una interpretación más política. Con la entrada de la URSS en la SdN hay un interés por participar en instituciones y organismos internacionales. Aunque la entrada en la familia olímpica no se produjera hasta los años cincuenta, en plena Guerra Fría, la postura oficial soviética era cada vez más favorable al olimpismo, considerado, en un principio, como ejemplo de deporte burgués. Así en 1939 se celebró un día olímpico en la URSS. (*Enciclopedia of the National Olympic Comités: The USSR*. Lausanne: COI, 1979).

No venir a Barcelona podía responder a este interés por no enfrentarse al movimiento olímpico, en el marco de una política de Estado que, por motivos ideológicos, no acostumbra a ser percibida como tal si no como una política partidista. Se ha hablado mucho de la paradoja que representaba un Stalin decidido a defender unos intereses estatales, intereses que eran *vendidos* al movimiento comunista internacional como si fueran los mismos que el de la clase obrera.

No está clara la postura de la URSS en relación al deporte internacional. ¿Estaba Stalin interesado en continuar manteniendo la creencia en el deporte proletario y enfrentarlo así a los Juegos oficiales?

Se debería estudiar si en los orígenes de las dos internacionales del deporte obrero había la intención de oponerse a la burguesía o de tener la hegemonía dentro del deporte obrero y, de esta manera, enfrentarse a la otra internacional deportiva obrera. Si el objetivo de la creación de la Internacional Roja del Deporte había tenido esta segunda intención, entonces se entiende que, en un momento en el que interesaba participar en las competiciones deportivas burguesas, no tendría sentido el enfrentamiento con la internacional socialista. Por eso, los objetivos de los comunistas de Thorez que fueron a Moscú en 1935 para pedir el visto bueno de Stalin a su propuesta alianza con los socialistas encontraron una respuesta positiva.

Todavía hay otra interpretación más sutil y que a lo mejor se podrá rebatir con autoridad: si los partidos socialdemócratas europeos eran considerados como burgueses por parte de los comunistas, entonces las políticas del Frente Popular del momento representaban un pacto con partidos burgueses para hacer frente al fascismo. El olimpismo oficial como expresión del deporte burgués dejaba así de ser un enemigo.

A los intentos de las organizaciones socialistas y comunistas para servirse del deporte como una herramienta con la que se pudiera llevar a cabo la lucha de clases, la URSS respondió de una manera un poco tibia. Si desde Moscú la tesis oficial había sido durante tanto tiempo la de oposición, tanto al deporte burgués como al que se llamaba deporte social democrático, ahora acabará por aceptar las reglas del juego, se llamara COI o lo que queráis. El Frente Popular en lo deportivo no significó al final una unión de las dos centrales contra el COI sino su desaparición de hecho. El fracaso de Barcelona es una muestra no solamente de la lucha antifascista y romántica, sino también de la descubierta de los intereses de estado aplicados al deporte. Una vez más el deporte olímpico servía para fortalecer el papel del Estado, pero al mismo tiempo, por muy cruel que pueda parecer poco tiempo antes de una guerra, servía para fortalecer el orden mundial.

3. Las Brigadas Internacionales

Hasta ahora no hemos hablado de la supuesta relación entre la estancia en Barcelona de los deportistas que habían venido a la Olimpiada Popular y la formación de las Brigadas Internacionales pocos meses después. Según el testimonio de algunos participantes, hubo atletas que en vez de volver a su lugar de origen se sumaron a las columnas que iban hacia el frente aragonés.

4. Límites a la influencia del deporte en las relaciones internacionales

Hay críticas a la influencia de la política en el deporte, pero no encontramos la manera de medir esta posible influencia.

Hay unos límites en la importancia del deporte en la política, pero estos límites paradójicamente lo hacen más importante en el mundo de las relaciones internacionales. No se puede generalizar cuando se habla del deporte como un sustituto de la guerra. En cualquier caso, el deporte sería un sustituto de la guerra considerada como deporte. Este sentimiento de "aldea global" se hace patente cuando hay un equipo o un deportista que gusta al público; entonces, quedan olvidadas todas las preferencias originarias.

Así *El Sol* dice, refiriéndose al partido Italia-España de la Copa del Mundo de 1934:

"Fue bien significativa la admiración final del público italiano al despedir a los españoles esta tarde con una clamorosa ovación cuando vencidos se retiraban al vestuario" (*El Sol*, 3 de junio de 1934, p. 8).

Finalmente, otros problemas se refieren a la falta de indicadores que nos permitan valorar de una manera objetiva los acontecimientos deportivos. Esta carencia tiene muchas explicaciones. Una de ellas podría ser la falta de confianza con la que se ven los estudios sobre la relación entre política y deporte. En el campo de los profesionales del deporte encontramos quejas por la mezcla de política y deporte. Naturalmente, la queja muestra una tendencia política bien concreta. Así, por ejemplo, hay un artículo en la revista deportiva *El Esport* en su número de 24 de abril de

1922, titulado *La política y el foot-ball* (p. 6) donde, entre otras cosas, se dice:

"Seguramente que este título sorprenderá al lector, que curioso se preguntará ¿qué tiene que ver el foot-ball con la política? Realmente no deberían guardar relación estas dos manifestaciones activas del hombre, al contrario deberían ser antagónicas ya que el sport es la exteriorización de la fuerza y de la nobleza y la política es la forma hábil de que todas las sociedades y artimañas puedan cristalizar en la realidad. Por el sport el hombre se hace fuerte y se habitúa al sacrificio y por la política se corrompe y se acostumbra a la maldad. Por esto deberían ser antagónicos estos dos puntos y sin embargo no es así. Los sportsman sin darse cuenta y por conformarse demasiado han dejado entrar en sus sociedades a los vividores de la política, quienes con habilidosas artimañas han sabido imponerse y hacerse los "amos"..."

5. Evolución de la apropiación nacionalista del deporte por parte del Estado

Esta evolución tiene dos vertientes.

1. Cuanta más importancia se da al deporte más se preocupa el gobierno del Estado por crear estructuras a nivel estatal para reglarlo. Un ejemplo lo tenemos en las vueltas ciclistas. En las crónicas de los diarios raramente se encuentra mención al Estado de origen de los corredores. Pero, en 1935, ya se celebraba la Vuelta Ciclista a España, tras algunos años de preparación, y cuando la Vuelta Ciclista a Cataluña ya era una realidad.

2. El deporte puede servir como uno de los sustitutos cohesionadores del nacionalismo estatalista. En España, el nacionalismo sería un factor de cohesión y de modernización del Estado, un Estado que no fue creado por la voluntad de elites nacionalistas, como fue el caso de las reunificaciones italianas o alemanas, o por revoluciones, como la francesa, sino por un proceso más largo. El Estado español nació como un complejo institucional burocrático y centralista bajo la dirección de un conjunto de fuerzas encabezado por aquello que los historiadores han denominado la nueva oligarquía.

La cohesión social se había conseguido tradicionalmente mediante la identificación emotiva de la población con el hecho religioso. El nacimiento de los estados modernos europeos hizo que la identificación pasara al

monarca. Pero la revolución francesa y la americana rompieron este "patriotismo" religioso o dinástico. Hacían falta justificaciones para pedir la lealtad al Estado.

Por otro lado, el supuesto monolitismo religioso peninsular también fue cuestionado a lo largo de los siglos XIX y XX. Con la llegada de la Segunda República, subirían al poder algunos de los teóricos de este nuevo nacionalismo de Estado al que el deporte les podría servir. Uno de sus exponentes, Manuel Azaña, llegaría a ser presidente de la República Española. Azaña creía que los causantes precisamente de la desnacionalización de España habían sido la monarquía y la Iglesia, dos instituciones que formaban la base de las teorías nacionalistas conservadoras de Balmes o Donoso Cortés.

Este nacionalismo español intentará cambiar la percepción que tenía el centro de los nacionalistas periféricos. Si para los autores conservadores todo lo que olía a separatismo era consecuencia de las influencias extranjeras dispuestas a acabar con la unidad "nacional" española, para los nacionalistas reformistas lo que importaba era el futuro, un proyecto en común al que no le podrían dar miedo los nacionalistas no estatales, demasiado preocupados por el pasado.

Esta doble interpretación del nacionalismo podría servir de base de estudio para formular hipótesis relacionadas con la evolución del deporte en España y la intensa vida deportiva en Cataluña y Euskadi de principios de siglo.

Bibliografía

ALEXANDRAKIS Ambrose; KROTGE, March L.: "The Dialectics of the International Olympic Committee", *International Review for Sociology of Sport* 29/4, 1988, pp. 325-326.

BOSCH, Alfred: "Barcelona i l'Olimpisme", *L'Avenç*, n. 92, 1986, pp. 32-38 (276-282).

BULL, Hedley: *The Challenge of the Third Reich*. Oxford, Clarendon Press, 1986.

- EGIDO, M.A.: *Política Exterior de la Segunda República Española*. Madrid, Universidad Nacional a Distancia, 1990.
- ESCAMILLA, Pedro: *El Mundial de Fútbol. Su Historia*. Madrid, Miñón, 1982.
- FISHWICK Lesley: "Socialization Revisited", *Ouest* vol. 39 n. 1, abril 1987.
- FONTAINE, André: *Histoire de la Guerre Froide. Volume I. De la Révolution d'Octobre a la Guerre de Coré (1917-1950)*. Paris, Fayard, 1965.
- GILLET, Bernard: *Historia del Deporte*. Vilassar de Mar, Oikos-Tau, 1971.
- GIRALT, René: "Reflexions sur la methodologie de l'histoire des relations intemationales. L'exemple des relations franco-espagnoles", *Españoles y Franceses en la Primera Mitad del siglo XX*. Madrid, CSIC, 1980.
- GUTTMANN, Allen: *The Games must go on. A very Brundage and the Olympic Movement 1887-1975*. New York, Columbia University Press, 1984.
- HALLIDAY, Fred: *The Making of the Second World War*. London, Verso, 1982.
- HART-DAVIS, Duff: *Hitler's Games: The 1936 Olympics*. London, Century, 1986.
- HOBERMAN, John M.: *Sport and Political Ideology*. London, Heinemann, 1984.
- HOLMES, Judith: *Olympiaden 1936. Hitlers propagandatriumf*. Stockholm, Aldus, 1973.
- KULINKOVICH, Konstantin A.: "Politics and Sports between the World Wars" ICOSH SEMINAR 1984. *Sport and Politics 1918-1939/49*. Oslo, Universitetsforlaget A.S., 1985, pp. 31-38.
- LUCAS, John A: "The Modern Olympic Games: Fanfare and Philosophy, 1896-1972", *Ouest*, Spring Issue, June. Washington DC, 1974, p. 6.
- MANDELL, Richard D.: *The Nazi Olympics*. New York, Macmillan, 1971.
- MARCO GIL, Jaume: *De Punta de N'Amer a Sto Cyprien. La Olimpíada del 18 de Julio de 1936*. Palma de Mallorca, edición de autor, 1990.
- MARTÍN, Paul K.: "Spain's Other Olympics", *History Today*. Vol. 42, August 1992, pp. 6-8.
- MARTÍNEZ DIAZ, Nelson: *Los Campeonatos Mundiales de Fútbol (1930-1982)*, Altalena, 1982.
- MATEU, Jordi: "1913-1923: Catalunya lluita per entrar a la família olímpica", *Avui*, 28 de mayo de 1989.
- MERCÉ VARELA, Andreu: *Pierre de Coubertin*. Barcelona, Edicions 62, 1992.
- NIN, Andreu: *Las Organizaciones Obreras Internacionales*. Barcelona, Fontamara, 1978.
- PASCUET, Rafael; PUJOL, Enric (dir.): *La revolució del bon gust. Jaume Miravittles y el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya (1936-1939)*.

- Barcelona, Ajuntament de Figueres, Arxiu Nacional de Catalunya y Viena Edicions, 2007.
- PLANELLS INDURAIN, José Maria: *Gran Enciclopedia de los Deportes. Barcelona*, edición de autor, 5 vols., 1983.
- PORTER I MOIX Josep; SUÑÉ I YSAMAT, Albert: *100 Anys d'Esport Català (1888-1988)*. Barcelona, Avui-Generalitat de Catalunya, 1988.
- PROKOP, Ulrike: *Olimpiade dello Spreco e dell'Inganno*. Roma, Guaraldi, 1972.
- ROSCH, Heinz-Egon: *Politik und Sport_in Geshichte und Geeenwart*. Würzburg, Verlag Piotz, 1980.
- SANTACANA Carles; PUJADAS, Xavier: *L'Altra Olimpíada. Barcelona'36. Esport, Societat i Política a Catalunya (1900-1936)*. Badalona, Llibres de L'Index, 1990.
- SANUY VALDELLOU, Miguel: *El Siglo del Deporte. 1: Todos los Deportes. 2: Los Juegos Olímpicos*. Barcelona, Difusora Internacional, 1986.
- STEINBERG, David A.: "The Workers'Sport Internationals 1920-1928", *Journal of Contemporary History*. London, SAGE vol. 13, 1978, pp. 233-251.
- TORRENT, Joan; TESIS, Rafel: *Historia de la Premsa Catalana*. Barcelona, Bruguera, 1966.
- VVAA: *Cien Años de Prensa Deportiva en Catalunya*. Barcelona, Seix Barral-Ayuntamiento de Barcelona, 1972.
- VVAA: *Enciclopedia Mundial del Fútbol*. Barcelona, Océano, 18 vols., 1981.
- VVAA: *Sport. A Cultural History*. New York, Columbia University Press, 1984.
- VVAA: *Gran Enciclopedia de los Deportes*. Móstoles, Cultural, 6 vols., 1987.
- VVAA: *Olimpiadas: De Atenas a Barcelona '92*. Móstoles, Cultural, 1987. 6 vols., 1987.
- VERDU, Vicente: *El Fútbol. Mitos. Ritos y Símbolos*. Madrid, Alianza Editorial, 1980.